

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes... 0,25 pts.
Relación y Admón.
San Gil, 1

Las calabazas

Como de todo tenemos que hablar en esta vida, hoy nos toca distraer por un momento la atención de nuestros lectores y lectoras ocupándonos de tal tema, que, aunque al parecer no tiene importancia, es la base de algunas de nuestras acciones.

Calabazas, como vulgarmente se dice—y no queremos definir las plantas que tal nombre llevan—, es cuando lo suspenden en una asignatura o en varias; estas calabazas, por regla general, no suelen sentar bien. Se dice también dar calabazas cuando la mujer desaira o rechaza al que la pretende o requiere en amores; éstas se pueden dividir en varias clases, como son: explícitas, expansivas, con política, inductivas, etc., etc. Son explícitas, cuando son claras y terminantes; expansivas, si se muestra afable y comunica pensamientos y sentimientos; con política, cuando las dan con gran amabilidad y cortesía, e inductivas son las que, a pesar de habernoslas dado, nos inducen a reincidir, y otras varias clases que no expongo, por no hacer interminable este artículo.

En los colores, están representadas por el color amarillo.

Y para terminar, porque mi tosca pluma se niega en absoluto a seguir por este derrotero empezado, no tengo más que hacer una observación, que es la siguiente: que las calabazas suelen indigestarse en la mayoría de los casos y sentar bien en muy pocos—pero en algunos.

CUENTO

¿Serán así?

Es una bella tarde del mes de julio; cómodamente sentado y bajo la dulce influencia de una abundante comida, seguida de la deliciosa y clásica infusión del café, estaba yo abstraído, contemplando las caprichosas ondulaciones que el humo de mi cigarro dibujaba en la atmósfera, con el deleite que produce uno de esos

momentos en que nuestra imaginación vuela muy lejos en busca de ignorados ideales, que vemos con dificultad y se esfuman de improviso, cual si estas escenas las contempláramos en la inmensa pantalla del firmamento, y las nubes, movidas por resortes misteriosos, opusieran—de vez en vez—su denso velo a nuestras miradas; momentos dulces en que, perdida la conciencia de nuestro yo, gozamos de una existencia halagadora exenta de las preocupaciones de esta prosaica vida, tanto más amarga cuanto más la conocemos.

Era tal mi alejamiento, que no noté el ruido de la puerta que aislaba mi cuarto al abrirse, ni mucho menos las ligeras pisadas de mi amigo, que después de contemplarme con irónica sonrisa algunos momentos, me dijo poniéndome una mano sobre el hombro: ¡Despierta, yo te lo mando!; y cambiando su tono jovial por un aire de tristeza, se sentó, me ofreció un pitillo, encendió el suyo con calma estoica, y dijo: amigo Manolo: vengo a consultarte un caso de conciencia; ¡Caracoles! dije yo, al par que estaba huido por todos los orificios de mi aparato respiratorio; ¿y me has tomado a mí por el padre Astete o es que se te ha muerto la novia y no sabes si ir o no a darle el pésame a tu suegro?

—Déjate de chanzas y escucha lo más estupendo que has oído en tu vida. Pues bien, Fernando, suprime ese aire de pazguato viudo y cuenta desde ahora con la apertura de mis respetables trompas de Eustaquio.

—Tú conoces—me dijo—como yo a Laurita, la hija del diputado, y sabes igualmente que apenas sale, y que está enferma, así como también que ningún médico da en el quid de su enfermedad: pues bien, ¿a que no sabes qué enfermedad tiene? Ciertamente que no y menos donde vas a parar con todo esto. La enfermedad que tiene—dijo tirando la punta de su cigarro—es el amor en su periodo álgido, y para eso ya sabes que la terapéutica es impotente. ¿Y cómo sabes tu todo eso?—Verás; esta mañana, estaba yo sentado en mi portal, cuando veo venir hacia mí a la doncella de Laurita, la cual me dijo:—¡si supiera usted lo que pasa. D. Fernando! ¿Está Laura peor?, le pregunté.—No es eso, no, señor, es que... no me atrevo a decírselo. Habla—le dije—y déjate de temores. Si, está peor efectivamente, pero... ¿Pero qué?—que nadie la puede curar más que usted, porque está enamorada... ¿De mí? Sí, señor, de usted. ¿Y cómo sabes tú esas cosas? Voy a decírselo: le he visto unos versos que hablan del amor y de usted y, además, como la señorita dibuja tan

bien, tiene unos papeles con el retrato de usted y por las noches cuando sueña, pronuncia su nombre muchas veces.

Excuso decirte que cuando oí esto, me quedé absorto hasta que dijo: esta tarde que es su manía, va de visita, puede usted ir a verla y allí... se convencerá de lo que le digo; yo quedé en ello, y después me vine aquí para que me digas tu opinión, pues como tú no ignoras, yo tengo mi novia en Madrid y no estoy dispuesto a dejarla. Pues bien, mi amigo—le dije—como ves, estamos en un verdadero caso clínico, en que el Azar te ha elegido a ti como médico de cabecera y a la vez tú me eliges a mí para la consulta, con que veamos: el diagnóstico ya lo tenemos, el pronóstico es grave desde luego—ahora queda el tratamiento; mi opinión, es que nos valgamos de algunas de las cualidades innatas en la mujer para estos asuntos; ya sabes que las principales son el deseo y la frivolidad, que imprimen verdadero carácter en la mujer que en estas lides se halla, y por consiguiente de éstos te debes valer para curarla; esta tarde cuando vayas, te declaras a ella con el ardor y tono más expresivos posibles, continúas demostrándole gran pasión, y verás como una vez que ella esté convencida de que la quieres y que no tienes otra voluntad que la suya, su deseo se verá satisfecho y la frivolidad, haciendo de las suyas, le hará pensar en otro, que le sea algo simpático y emprender inconscientemente otra conquista, dejándote a ti tranquilo.

—Me parece muy bien cuanto me dices: tan es así, que ese es el plan de conducta que voy a seguir; y dándome un afectuoso apretón de mano, se marchó.

Al poco tiempo recibía una carta—pues me había marchado a pasar el verano con mi familia—en la que me decía: Inolvidable amigo; te felicito sinceramente por el éxito de tratamiento para las enfermedades del corazón, pues Laura está completamente curada de su terrible enfermedad; nuestro amigo Andrés del Valle que ha venido a pasar el verano aquí, me ha sacado del conflicto, y hoy mismo que ella me ha dado el pasaporte, le pide él relaciones. Recibe juntamente con el de Andrés un estrecho abrazo de tu invariable amigo, Fernando.

Y yo, que creí que el consejo aquel no serviría sino para safarme yo del compromiso, me pregunto hoy con asombro: ¿serán así todas?

MANUEL NUÑO FERNÁNDEZ.

Loranca del Campo, 8-6-1917.